

DAVID R. GILLHAM

ANA FRANK

LA FUERZA DE UN SUEÑO

*¿Cómo sería Ana Frank si hubiera
sobrevivido al Holocausto?*




ESPASA

DAVID R. GILLHAM

ANA FRANK.

LA FUERZA DE UN SUEÑO

Traducción de Susana Olivares



Título original: *Annelies*

© David R. Gillham, 2019

Publicado de acuerdo con Viking, un sello editorial de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

© por la traducción, Susana Olivares, 2019, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con

Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-670-5841-3

Depósito legal: B. 25.802-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

EL BREZAL

Pensábamos que lo habíamos visto
todo. Hasta Belsen.

J. W. TRINDLES,
«Until Belsen», 1945

1945

KONZENTRATIONSLAGER (KL) DE BERGEN-BELSEN

KLEINES FRAUENLAGER.¹ BREZAL DE LÜNEBURG

EL REICH ALEMÁN

Yace tirada entre los cadáveres que cubren el congelado lodazal; el tiempo se disipa, sus pensamientos se disuelven. Lo que queda de ella se derrama al mismo tiempo que el ángel de la muerte revolotea sobre ella, ya muy cerca. Tan cerca que puede notarlo desprendiendo su esencia. Su cuerpo se siente abrasado por la fiebre y desgarrado por una tos feroz; ahora su mente es más animal que humana. Ya no percibe el intenso frío que ha calado en sus huesos. Ya no existen la sed ni el hambre. Los dejó atrás en el camino que la aleja de su cuerpo.

Pero se oye una fuerte detonación que proviene de algún sitio, la descarga anónima de un rifle o de una pistola, y siente cómo duda la sombra que se cierne sobre ella. El sonido del disparo llama su atención y, en lugar de adueñarse de su último aliento, la muerte, olvidadiza, la pasa por alto. Y, en ese instante fracturado, el mundo que pudo haber sido toma un sendero diferente: un destello de la muchacha que alguna vez fue hace un último reclamo por la vida. Un respiro, un atisbo de existencia. Una minúscula e incierta palpitación de esperanza se atreve a agitarle el corazón. Un latido. Uno más, y otro a medida que su corazón empieza a seguir un ritmo. Tose angustiosamente, pero

1. Pequeño campo de concentración para mujeres. (*N. de la T.*)

algo dentro de ella ha encontrado un pulso. Alguna sustancia vital. Siente cómo toma aire para después exhalarlo. Lenta, muy lentamente, obliga a sus pegajosos párpados a abrirse hasta que la deslumbra la inclemente luz blanca del sol.

Está viva.

2

SU ÚNICO Y VERDADERO CONFIDENTE

... Todos los judíos neerlandeses ya es-
tán en nuestras manos.

DOCTOR HANS BÖHMCKER,
comisionado del Reich alemán
para la ciudad de Ámsterdam,
2 de octubre de 1941

1942. DOS AÑOS DESDE LA INVASIÓN ALEMANA
MERWEDEPLEIN, 37 (FRACCIONAMIENTO URBANO.
AMSTERDAM ZUID)
PAÍSES BAJOS OCUPADOS

Ana mira por la ventana abierta de su apartamento en el tercer piso de la calle Merwedeplein. Los codos apoyados sobre el alféizar. El sol está acurrucado en un resplandeciente cielo azul. La hierba del prado central fulgura con un verde exuberante. Es domingo al mediodía. Abajo, un cortejo nupcial vestido con elegancia se dirige a la oficina del magistrado, y Ana, entusiasmada, está atenta a cada detalle porque simplemente adora la moda. La novia lleva puesto un traje de chaqueta cortado a la perfección con una falda ajustada y un sombrero de fieltro. Es un estilo adecuado para la guerra, elegante y sofisticado, sin adornos superfluos. Sujeta un generoso ramo de rosas blancas. Las personas se asoman a sus balcones mientras los novios bajan por los escalones y posan para una cámara de cine, como si fuesen estrellas de la gran pantalla.

—Ana, aléjate de la ventana, por favor —le indica su madre.

Reacia a hacerlo, Ana gira la cabeza y exclama:

—¡Ya voy!

Se imagina que algún día ella misma estará frente a las cámaras como una estrella. Igual que Greta Garbo o Priscilla Lane. Adora las películas y a las actrices, y algo que la enfurece más que ninguna otra cosa es que los nazis hayan prohibido que los judíos entren en los cines. Pero, después de la guerra, ¿quién

sabe qué puede pasar? Quizá se convierta en otra Dorothy Lamour, perseguida en todas partes por fotógrafos ansiosos.

Su madre no ceja en su empeño y empieza a sermonearla con la regañina de siempre.

—Deberías estar poniendo la mesa para la comida. Y, además, no es de señoritas que estés con la cabeza fuera de la ventana como una jirafa fisgona. —Pero tampoco su madre puede resistirse a echar un discreto vistazo de jirafa, seguido de un leve suspiro—. Cuando yo me casé con tu padre, llevé un maravilloso vestido de seda con una cola larga, muy larga —recuerda—. Decorado con un encantador encaje belga, como de filigrana, importado para la ocasión.

—Yo jamás me voy a casar —decide anunciar Ana en ese mismo instante, lo que deja a su madre parpadeando, absolutamente escandalizada.

En realidad, la intención de Ana no era otra que vengarse de su madre de la forma en que sabía que le dolería. Pero la expresión en el rostro de su madre es de absoluta tragedia, como si Ana acabara de anunciarle que va a saltar por la ventana.

—Pero, Ana, tienes que hacerlo —le insiste—. Papá y yo debemos tener nietos.

—Bueno, Margot se puede encargar de todo eso —le asegura Ana con desenfado—. Para eso sirven las primogénitas.

—Ana —la llama su hermana, Margot, desde la silla en la que está ojeando el libro de láminas de Rembrandt, un regalo de su *omi* en Basilea. Su pelo está peinado hacia atrás con un solo broche de plata, que lo recoge. Preciosa como siempre, algo que hace enojar todavía más a Ana—. ¡Qué cosas dices!

Ana la ignora.

—Voy a ser famosa —declara—. Una estrella de cine famosa, supongo, y viajaré por todo el mundo.

—Entonces ¿las estrellas de cine que son famosas no tienen hijos? —pregunta su madre.

Ana la ilustra, tratando de no sonar demasiado pedante.

—Claro que pueden tenerlos si eso es lo que quieren, supongo. Pero no es algo que se espere. Las personas famosas viven de

manera del todo distinta a la demás gente, que está feliz de llevar una vida aburrida.

—Las vidas felices no son aburridas, Ana —la instruye su madre.

Ana se encoge de hombros. Sabe que su madre siempre estuvo protegida por la manera en que la criaron. Que los Holländer de Aquisgrán eran una familia religiosa que observaba las normas *kosher* y que insistían en la respetabilidad; cualquier ambición que pudiera haber albergado más allá del matrimonio y la familia se habría visto eclipsada por los *diktats* de la tradición. De modo que trata de no ser demasiado condescendiente cuando dice:

—Eso quizá sea cierto para algunas personas, mamá. Pero es diferente para aquellas que se entregan a los logros importantes.

En ese momento, su padre sale del dormitorio. El querido Pim de Ana. Su amadísimo *Hunny Kungha*. Alto y delgado como el carrizo, con ojos inteligentes y profundamente hundidos, y un bigote fino. Sólo queda una franja del pelo abundante de su juventud, pero la pérdida de éste dejó expuesta una noble coronilla. Es tan diligente que incluso ha salido a atender algunos negocios este domingo por la mañana. Todavía lleva puesta su delgada corbata azul, pero ya está usando su cárdigan de estar por casa.

—Trabajo arduo y dedicación. Ésa es la manera en que se alcanza la fama duradera —afirma ante todos los allí reunidos.

—Y talento —añade Ana, sintiendo la necesidad de contradecirlo de alguna manera, pero no de forma desagradable.

Después de todo, Pim está de su lado. Así es como siempre ha sido. Margot y su madre podrán quejarse, pero Pim y Ana lo entienden. Entienden exactamente el fabuloso destino que le espera a la señorita Annelies Marie Frank.

—Sí, por supuesto, y talento. —Sonríe—. Una cualidad que mis dos hijas poseen en gran abundancia.

—Gracias, Pim —dice Margot con suavidad antes de volver a enterrar la nariz en su libro.

Pero su madre no parece tan complacida. Quizá no le haya gustado quedar fuera del recuento de mujeres talentosas de Pim.

—Las consientes demasiado, Otto. —Suspira, uno de sus reclamos favoritos—. Al menos, Margot tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros, pero ¿y nuestra pequeña parlanchina? —Frunce el ceño dirigiéndose a Ana, ¿a quién si no?—. Sólo la hace todavía más insufrible.

Dentro, la luz del día ilumina el encaje del mantel mientras los adultos sacuden la cabeza sobre sus tazas de café y las rebanadas del pastel de chocolate de la madre de Ana, hecho sin huevos, con harina de linaza en lugar de trigo, sucedáneo de azúcar, sucedáneo de cacao en polvo y dos cucharaditas del preciado extracto de vainilla, pero sin embargo no está malo. Nadie jamás ha dicho que su madre no sea una cocinera ingeniosa. Ana ha devorado su porción de pastel y ahora está sentada a la mesa abrazando a su adorado gatito atigrado, *Moortje*, mientras sus padres conversan con el tono preocupado y silencioso que adoptaron desde la ocupación.

—¿Y qué hay de esos pobres a los que mandaron al este? —pregunta su madre—. Se oyen historias horripilantes en la radio inglesa.

Ana aguanta la respiración y luego exhala. Por una vez está feliz de que no la incluyan en la discusión de los adultos. A menudo le dicen lo terriblemente exagerada que puede ser, pero ¿sería muy exagerado irse a su dormitorio y taparse los oídos con los dedos ahora mismo? No quiere oír nada más acerca del conquistador huno y de su comportamiento atroz; lo que quiere es elegir un regalo de cumpleaños.

Siente que la emoción recorre su cuerpo, por lo que le cuesta estarse quieta y sentarse derecha a la mesa.

—Mamá, ¿podemos usar los cubiertos de plata de *oma* Rose para mi fiesta?

—Discúlpame, Ana —responde su madre, frunciendo el ceño—, te ruego que no interrumpas. Es de mala educación. Tu padre y yo estamos teniendo una conversación importante. Desagradable quizá, pero muy necesaria.

Pero Pim parece más que feliz de recordarles a todos, con su

estilo incisivo, aunque de forma gentil, que uno no debe creer todos los rumores que oye. Que no deben olvidar que los ingleses inventaron toda serie de atrocidades acerca del ejército del káiser durante la última guerra. «Propaganda», lo llama. ¿Y no debería su madre reconocer que él es el experto en el tema? Después de todo, fue oficial de reserva de artillería de campo para el gobierno del káiser.

No hay forma de disuadir a su madre. No está convencida de que todos los rumores que ha escuchado sean un invento de los ingleses. Está segura de que los nazis están convirtiendo a los alemanes en criminales.

—Mira la forma en que bombardearon Róterdam —apunta. Una ciudad indefensa. ¿Y tiene que hacer una enumeración de la horripilante avalancha de *diktats* que se han impuesto a los judíos desde que designaron como *Reichskommissar*, gobernador absoluto de la ocupación alemana, a ese bruto austríaco de Seyß-Inquart?

El padre de Ana se encoge de hombros. Por supuesto, no es ningún secreto que, desde la ocupación, los alemanes han estado más que felices de tratar a los judíos de manera abominable. Cada semana se dan a conocer decretos en el *Joodsche Weekblad*, el órgano de difusión del invasor nazi, publicado por lo que los alemanes llaman el Consejo Judío. En sus páginas se encuentran los detalles de su persecución. A los judíos se les prohíbe esto y a los judíos se les prohíbe aquello. A los judíos se les permite ir de compras tan sólo entre tal y tal hora. Los judíos deben obedecer el toque de queda; tienen prohibido caminar por las calles de esta hora a aquélla. Los judíos que aparezcan en público deberán llevar estrellas amarillas de dimensiones notables cosidas a su ropa. Pim, sin embargo, tiene mejores recuerdos de la vieja patria y hace concesiones al referirse a los buenos alemanes para distinguirlos de los truhanes de Hitler.

—Edith —le dice a su esposa, pronunciando su nombre con una autoridad calmada e íntima, su tono habitual—. ¿Podemos dejar esto para otro momento? —pregunta, señalando con un ademán a las niñas.

Pero Pim está equivocado si cree que la mera presencia de las

niñas basta para disuadir a su esposa de hablar sobre su tema favorito: cómo se vio despojada de la vida que alguna vez tuvo. Quiere saber si a su marido se le olvida lo mucho que se le obligó a sacrificar, y no se está refiriendo sólo a visitar a sus amigos cristianos en sus hogares. Se refiere a lo mucho que se vio forzada a dejar atrás: los bellos muebles fabricados con madera de árboles frutales, las cortinas de terciopelo, las alfombras orientales tejidas a mano, la colección de estatuillas de Meissen de un siglo de antigüedad.

Según la historia que tanto le gusta repetir, la familia una vez tuvo una enorme casa en el vecindario de Marbachweg de Frankfurt, y Edith tenía una asistente, aunque Ana no recuerda nada de eso. Apenas estaba empezando a caminar cuando el temor a Hitler los hizo huir de Alemania y dirigirse a Holanda. Para Ana, su casa ahí en el sur de Ámsterdam es su hogar. Cinco habitaciones en este perfectamente respetable complejo urbano de clase media en el barrio del río, ocupado por respetados refugiados burgueses de la comunidad judía alemana. Los niños ya empiezan a hablar en neerlandés, pero para la mayoría de los adultos que viven allí el alemán sigue siendo la lengua en la que conversan a diario. Incluso en este momento, la familia Frank lo está hablando en torno a la mesa, porque Dios no quiera que su madre tenga que aprender una palabra más de neerlandés, a pesar de que el alemán se haya convertido en el idioma de sus perseguidores.

Al parecer, Edith rara vez se siente feliz. Ana sospecha que cuando *oma* Rose murió, se llevó un trozo de su madre con ella. El pedazo de corazón que la conectaba al mundo de su infancia, al confortable mundo de afecto, calidez y seguridad. Pero, después de la muerte de *oma*, Edith pareció perder toda resiliencia. Quizá la muerte de una madre les hace eso a algunas personas. Al menos, Ana puede compadecerse de su madre por esto. Ana también sigue lamentando la pérdida de su dulce abuela, de modo que puede tratar de imaginar el dolor que siente su madre, pero no se atreve ni a imaginar lo que sentiría si alguna vez perdiera a su padre. Su único e incomparable Pim.

—¿No vamos a ir a la tienda? —pregunta Ana con un tono rápido e insistente.

—Ana, por favor. —Resopla su madre—. Suelta a ese gato. ¿Cuántas veces tengo que decirte que los animales no deben estar en la mesa?

Ana se frota el pelo atigrado de su gato contra la mejilla.

—Pero no es un animal. Es el verdadero y genuino monsieur *Moortje*. ¿Verdad que sí, *Moortje*? —le pregunta al tigrecillo gris, que maúlla como confirmándolo.

—Ana, haz lo que te dice tu madre —señala Pim en voz baja, a lo que Ana obedece con un suspiro.

—Sólo quería saber cuánto tiempo más tengo que estar sentada aquí, aburriéndome.

—¿Aburriéndote? —exclama su madre—. Tu padre y yo estamos discutiendo sobre asuntos importantes.

—Importantes para los adultos —responde Ana empecinada—. Pero los niños tienen un punto de vista distinto del mundo, mamá: uno que se basa en la diversión.

—¡Ah, vaya! ¿Se trata de diversión, entonces? Pues eso sí que es una noticia importante —se mofa su madre con dureza; la línea de sus labios queda recta—. Lástima que los niños como tú no dirigen el mundo.

—Estoy de acuerdo con eso —dice Ana—. ¿Tú no, Margot?

—Hay cosas más importantes que la diversión —apunta su hermana.

Como, por ejemplo, su madre.

—Tu hermana ya tiene dieciséis años —explica su madre, que está de acuerdo con Margot—. Ya no es una niña.

Margot se encoge de hombros con desdén mirando a su hermana.

—Simplemente no lo entiendes, Ana.

—Entiendo suficiente, muchas gracias. Lo que no entiendo es la razón por la que los adultos disfrutan tanto discutiendo sobre lo peor que tiene que ofrecer el mundo.

—Acábate tus coles de Bruselas —le dice su madre, frunciendo el ceño.

Ana hace el mismo ademán, su voz cargada de abatimiento mientras responde:

—No me gustan.

—Acábatelas de todos modos.

Pim interrumpe con su voz calmada.

—Edith, quizá la niña pueda comer más zanahorias.

En definitiva, no es algo que su madre apruebe, pero se enco-
ge de hombros.

—Claro. Por supuesto. Déjala que haga lo que quiera. Ana, parece que los niños dirigen el mundo, después de todo. —Y le dice a su marido—: Es sólo que uno debe preguntárselo, Otto. Quizá todo se trate de «propaganda», como te gusta sugerir, pero te tienes que preguntar cuántas niñas judías hambrientas hay en este instante viviendo en circunstancias terribles y que darían todo lo que tienen por un plato de comida sana.

Nadie responde a esto último. ¿Cómo podrían? Muy seria, Edith sorbe su café mientras Ana se sirve una pequeña ración de zanahorias en el plato, separándolas de las abominables coles de Bruselas. Pim exhala, dejando salir una bocanada de humo de su cigarro. De nuevo, sugiere que cambien de tema de conversación.

El pobre Pim cree que puede proteger a sus hijas de la horripilante realidad. Imposible. Es más que evidente que las cosas no van bien para los judíos desde que los hunos ocuparon la ciudad. Y para una niña es todavía más evidente que están sucediendo cosas terribles. Ana no es tan inconsciente como piensa todo el mundo. Pero ¿por qué obsesionarse con ello? Si Ana restringiera sus pensamientos de cada mañana a la acechante amenaza de las hordas alemanas apostadas en su precioso Ámsterdam, se quedaría paralizada y se ocultaría debajo de su cama, negándose a salir. Tiene que creer que el día de mañana amanecerá en libertad. Que el sol se asomará al alba a pesar del viejo Herr Seis y Cuarto, Seyß-Inquart, asentado en lo más alto de la jerarquía nazi. Margot dice que parece infantil por decir eso, pero ¿a quién le importa la opinión de una hermana? Y, en realidad, aunque estén sucediendo crímenes en contra de los judíos a miles de kilómetros de distancia o en el centro mismo de Ámsterdam, ¿qué puede hacer ella al respecto? Los crímenes en contra de los judíos son tan añejos como el Antiguo Testamento. ¿Y no tiene el deber ante Dios de disfrutar de la vida que le ha otor-

gado? Está a punto de cumplir trece años y ni la *Wehrmacht* alemana puede impedir que eso suceda. Además, tiene una fe absoluta e inquebrantable en que Pim resolverá las cosas para todos ellos, como siempre. Su madre no está del todo equivocada: hay numerosos judíos en situaciones mucho pero que mucho peores que la familia Frank, y sólo hay una razón para ello: Pim es demasiado inteligente como para permitir que se vean atrapados en la red de Hitler. Sin duda alguna, hasta Edith puede darse cuenta de eso. Es una verdadera lástima que no pueda ver más allá de sus propios temores para darle a su marido el crédito que merece en lugar de seguir quejándose del pasado. Una esposa debería hacer al menos eso por el hombre con el que está casada. Y, en lo que a Ana respecta, no hay nadie sobre la tierra que la pueda hacer sentir tan segura y amada como su padre. Y aunque a su madre tal vez le duela que Ana elija a Pim para rezar en el momento de ir a la cama, no puede evitarlo. Sabe que mientras Dios y Pim la cuiden, ella permanecerá a salvo.

Después de recoger los platos, su padre se inclina hacia ella y le susurra las buenas noticias:

—Ve por tu abrigo. Ha llegado el momento de dejar atrás nuestros problemas.

Ana aplaude y envuelve a Pim en un abrazo, inhalando el aroma cítrico de su colonia. Sus padres le van a permitir elegir un regalo antes de su fiesta de cumpleaños. Todavía faltan horas antes de que empiece el toque de queda para los judíos, de modo que van todos a la tienda de artículos de papelería que está a unas manzanas de la casa: la biblioteca privada Blankevoorts en el 62 de la calle Zuider Amstellaan, uno de los lugares favoritos de Ana. Le fascina el aroma a tinta que desprende el lugar, las pulcras cajas de papel para escribir atadas con cinta, el soñoliento gato anaranjado que se pasea por los estantes y que ronronea cuando lo acaricia. ¡Al menos los judíos todavía tienen permitido acariciar a los gatos!

Su madre trata de dirigir la atención de Ana a un estuche para prensar flores y, después, a un álbum de recortes con encua-

dernación en cuero marroquí, pero Ana sabe muy bien lo que quiere. Elige un cuaderno de autógrafos encuadernado en tartán rojo que tiene un candado que puede cerrarse con llave, porque su escritora favorita es Cissy Van Marxveldt y está absolutamente cautivada por las aventuras de la audaz y joven heroína de la autora, Joop ter Heul. Joop lleva un diario secreto y dirige las diversas entradas a sus amigas Phien, Loutje y Conny, y en especial a su mejor amiga de todos los tiempos, Kitty. Ana piensa que ésta es una idea fabulosa y planea divertirse como nunca con su propio diario de aventuras. Cuando es momento de irse, la voz alegre de Pim separa a Ana de su madre:

—Entonces ¿la joven señorita ya ha tomado una decisión?

El tono de desilusión palidece la respuesta de su madre:

—Esto es lo que quiere —dice, y se encoge de hombros.

JOODS LYCEUM

STADSTIMMERTUIN, 1 (AMSTERDAM CENTRUM)

El llamado Liceo Judío, donde se ha decretado que asistan a clases todos los niños judíos, se encuentra en una deteriorada caverna de ladrillos rojos y arenosos al oeste del Ámstel. En el interior de las aulas, la pintura se resquebraja de los techos; los pasillos apestan ligeramente a fontanería enmohecida. Su maestro de matemáticas es un viejo pajarraco con gafas que habla un neerlandés aceptable con el acento brusco y entrecortado de cualquier berlinés. Se rumorea que fue miembro de la Real Academia Prusiana de Ciencias hasta que los alemanes la purgaron de todos los judíos. Sus alumnos le llaman el Ganso, porque su apellido es Gander¹ y por el hábito que tiene de sonarse de forma estrepitosa con su pañuelo.

Ese lunes por la mañana, cuando el Ganso inicia la clase y baja una pizarra limpia, se vuelve hacia el aula y, al darse cuenta del asiento vacío frente a su escritorio, espera que le den una muda explicación. Es un código que han desarrollado el maestro

1. En inglés, macho del ganso. (*N. de la T.*)

y sus alumnos. La mirada del maestro es la pregunta: ¿qué le ha sucedido al alumno que lo ocupaba? Los alumnos le responden con sutiles gestos de las manos. Un puño cerrado significa «arrestado», un movimiento fluido hacia abajo significa que «se ha ocultado». «Inmersión», lo llaman. *Onder het duiken*. En esta ocasión, el Ganso hace una pausa breve y después prosigue, escribiendo una ecuación en la pizarra.

Pero Ana detecta el aroma agrio del río que entra por las ventanas abiertas. No es que no quiera prestarle atención al maestro, pero es muy fácil que se distraiga —por una brisa, un aroma, un rayo de luz—, y entonces su mente se dirige hacia un rumbo distinto. Afuera, la belleza de la naturaleza la llama. Si pudiera, estaría sentada en el césped mirando cómo fluye el río. Es un secreto, pero convivir con la naturaleza le permite adentrarse en sí misma; no de una manera solitaria, sino sobre todo de una forma íntima que la hace reflexionar acerca de la Ana en su interior, la que no siempre es tan valiente ni confiada, ni alegre o insensible por completo. Piensa en lo mucho que se divirtió con su madre y Margot el sábado pasado horneando galletas. Se reían y bromeaban, y cuando Ana usó demasiado coco, su madre no la criticó ni la regañó, sino que empezó a cantar una cancioncita acerca del monito que había robado demasiados cocos de la palmera.

—¿Señorita Frank?

Es en esos momentos cuando Ana se pregunta si no está completamente errada con respecto a su madre. Si en realidad su madre no está empeñada en descubrir todos sus defectos, sino que es generosa y amorosa y aprecia a Ana por cómo es. Por ser quien Dios la hizo ser.

—Señorita Frank...

Se vuelve al oír su nombre, sólo para encontrar al Ganso mirándola furioso por debajo de sus tupidas cejas y con una expresión irónica en el rostro.

—¿De nuevo en el país de los sueños, señorita Frank?

El aula entera emite risitas nerviosas.

—No, señor —responde, haciendo un gran esfuerzo por no perder su dignidad, aunque puede sentir que se está sonrojando.

—Entonces, le ruego que me dé la respuesta para x en la ecuación —le pide el Ganso.

—Oh, señor Gander —contesta Ana—, estoy segura de que ambos sabemos que es poco probable que eso suceda.

Y en esta ocasión, cuando el aula irrumpe en risas de nuevo, Ana siente alivio. Es una victoria.

En el patio de la escuela presume de su truco favorito: desplazar el hombro de su articulación y después, como por arte de magia, volver a ponerlo en su lugar con un chasquido. Es una exhibición que le garantiza atraer a una muchedumbre de admiradores. Incluso los chicos dejan de jugar al fútbol para ir a verla. Le gusta llamar la atención, en especial la de los chicos. Sus muchos admiradores, como los llamaría su madre con su tono favorito de crítica. Ella siempre le está advirtiéndole que no sea coqueta, del peligro que podría representar. «Mira a Margot —le insiste—. ¿La ves a ella comportándose de esa manera?»

Hay un chico al que todo el mundo llama Hola que se acerca mucho más a la edad de Margot. Un buen chico judío, insoportablemente educado, con sólo un asomo de juguetona picardía. En alguna ocasión invitó a Ana a comer *gelato* en Oase, en la Geleenstraat, una de las últimas heladerías que brindan servicio a los judíos, y ella se sintió de lo más adulta. Le agradaron sus atenciones. Es cierto, le gustan las atenciones de los muchachos en general. La hacen sentir brillante y encantadora.

El nombre de su mejor amiga, de *la mejor* de todas sus amigas, es Hanneli, pero Ana a menudo la llama por su apodo, Lies. También vive en la sección sur de Ámsterdam, con sus padres y su hermanita. Su padre era viceministro y secretario de prensa del gobierno de Prusia, pero los nazis se habían encargado de eso y habían sacado a todos los judíos de la Administración pública; de modo que ahora la familia se había establecido en su nuevo hogar adoptivo allí, en Ámsterdam, de la misma manera en que lo habían hecho los Frank. Ana piensa que Lies es dulce y consi-

derada, así como lo bastante tímida como para servir de contrapeso a la fanfarronería de Ana.

—Pero ¿no hubieras preferido que fuera sorpresa? —le pregunta Hanneli.

Están caminando por la calle, cargando sus mochilas después de la escuela. Ahora van a pie porque ningún judío tiene permitido andar en bicicleta. Ni subir al tranvía o visitar los parques públicos. Tampoco pueden nadar en la piscina Amstelparkbad para judíos, ni ir a patinar sobre hielo ni a jugar al tenis en el Apollohal, porque todo eso ahora está reservado para los gentiles. Pero ¿a quién le importa eso ahora? Son los últimos días de clase antes de las vacaciones de verano. Y en una tarde fresca y libre de nubes como la de hoy, Ana puede respirar el aroma agridulce del Ámstel y escuchar el escándalo de las gaviotas. Se siente ligera dentro de su propio cuerpo, como si pudiera flotar en la brisa, cosa que quizá decida hacer.

—A mí me enloquecen las sorpresas —declara Lies con melancolía—. O sea, para mí la mitad de la diversión de un cumpleaños es que haya sorpresas.

Lleva el pelo castaño recogido en dos trenzas que se mecen ligeramente con su caminar. Hay veces en que esas trenzas hacen sentir envidia a Ana, pero de una manera agradable. Hay veces que tan sólo le gustaría darles un buen tirón. En lugar de ello, Ana da su opinión:

—Para mí, las sorpresas están sobrevaloradas. Prefiero que me den lo que quiero —dice con gran convicción, y después siente una opresión en el pecho.

Un bramido furioso invade la calle mientras pasa a toda velocidad un escuadrón de motociclistas alemanes con sus cascos y *goggles* de acero, contaminando el aire con el humo. Ana hace una mueca, aprieta la mochila contra el pecho y oculta su *Judenstern* amarilla, aunque sabe que es ilegal. Pero Lies se limita a quedárselos mirando con una especie de terror ausente, las manos puestas sobre las orejas y su estrella perfectamente visible mientras el escuadrón pasa con un estrépito, indiferente por completo a las dos escuálidas muchachitas judías paradas sobre la acera.

—Son unos bestias —susurra Ana.

Lies aparta las manos de las orejas, pero su expresión refleja la más absoluta angustia.

—Le pregunté a papá si nos vamos a ocultar.

—¿De veras? —Esto le interesa a Ana—. ¿Y qué te dijo?

—Dijo: «¿Ocultarnos de qué?» —responde abstraída.

Ana sacude la cabeza.

—No quiero hablar de eso —decide de repente. En lugar de ello, siente un deseo incontrolable de portarse mal. Puede saborearlo, como una especia en la parte posterior de la lengua.

Delante hay un grupo de chicos mayores merodeando por la acera. Están congregados en un grupillo en la esquina de la Uiterwaardenstraat, junto a una tabaquería que tiene fama de ser un lugar que frecuentan quienes están en el mercado negro y que administra un judío de Galitzia que comercia con objetos judíos de valor. Al menos, ésa es la historia que cuenta el señor Van Pels, el socio comercial de Pim.

—Ese tipo de operaciones se está volviendo preocupante —insistió el señor Van Pels cuando visitó la casa para tomar café—. ¿Conque estás guardando tus joyas debajo de una tabla en el suelo para salvarlas de los alemanes? ¿Tu juego de plata está escondido debajo de la cama? ¿La *menorá* de chapa de oro de tu tarabuela está en el fondo del cesto de la ropa sucia y mientras tanto te preguntas cómo vas a alimentar a tu familia? ¿Por qué no resignarte a lo inevitable y vendérselo al galitziano? Es mejor que entregárselo todo al banco del robo. No te dará más que una miseria, pero al menos es una miseria de otro judío.

—¿El banco del robo? ¿Qué es eso? —quiso saber Ana, porque siempre quería saberlo todo, algo que no tenía nada de malo.

Su madre le dijo que no interrumpiera, pero Pim se lo explicó con calma, como de costumbre. Junto con todas las demás humillaciones, se había ordenado a los judíos que depositaran todos sus bienes de valor en la sucursal de Lippmann, Rosenthal & Company en la Sarphatistraat, que ahora administraban los nazis, por supuesto.

En ese momento, la señora Van Pels, que era de todo menos retraída, hinchó el pecho y declaró:

—No me importa lo hambriento que puedas llegar a estar, Putti. Jamás te voy a permitir que vendas mis pieles. Prefiero que me entierren con ellas. —Lo que hizo que su marido estallara en carcajadas.

—¡Y no está bromeando! —aseguró con una amplia sonrisa.

Uno de los chicos de delante patea una grieta en la acera, haciendo que vuelen piedras por doquier. Otro se ríe de repente, su risa suena como una mula que rebuzna. Quién sabe qué le parece tan gracioso al chico. Los dos tienen estrellas amarillas cosidas a sus suéteres y abrigos. Quizá a su madre le guste creer que, si están obligados a llevar el *Maguen David* en público, deberían hacerlo con orgullo, pero estos muchachos usan sus estrellas como lo que son: símbolos de exclusión, de rechazo. Distintivos que subrayan su situación de marginados, de revoltosos ajenos a la normalidad. Con su ropa deshilachada y el pelo mal peinado, los niños examinan a las dos chicas con el tipo de interés hosco típico de los alborotadores.

—No los mires —advierte Lies.

Ella fija la mirada en el desigual pavimento de la calle, concentrándose en el avance de sus pies. Pero Ana no puede seguir el ejemplo de Hanneli por completo. Sabe que su amiga piensa que está demasiado obsesionada con los chicos, pero esto no tiene nada que ver con los tontos coqueteos con sus educados compañeros de clase. Ana no puede evitar levantar la mirada hacia el salvaje desafío de sus ojos.

—¿Quieres fumar? —le pregunta uno de ellos, ofreciéndole la colilla de su cigarro. Su ropa se ve desaliñada y el chico tiene un aspecto descuidado.

—No —responde Lies con firmeza.

Pero Ana se detiene.

—Ana —la increpa escandalizada su amiga con un susurro.

—Es sólo un cigarro —le asegura Ana—. Jamás he probado uno.

Por un instante, advierte la extraña sonrisa en el rostro del chico cuando toma la colilla de entre sus dedos. Nota que está mojada de saliva cuando la lleva a sus labios e inhala con cierto aplomo. Pero su cuerpo se convulsiona al instante y su respira-

ción se entrecorta cuando se atraganta con el áspero humo. No es ninguna Garbo. Los chicos se ríen a carcajadas mientras tose, sus ojos se llenan de lágrimas. Deja caer el cigarro sin darse cuenta y Lies la coge del brazo, arrastrándola lejos de allí.

—Ana —repite en tono de reproche y de conmiseración.

—No se lo digas a tu madre —logra decirle mientras se alejan de los risueños muchachos.

—¿Cómo? ¿A mi madre?

—Te ruego que no se lo cuentes —le insiste Ana, limpiándose las lágrimas del rostro—. No quiero que piense que estoy loca por los chicos. Ya sé que piensa que soy una sabelotodo.

—Ella no piensa que seas una sabelotodo, Ana —responde Lies en un tono que sugiere que está defendiendo a su madre tanto como a Ana.

—Claro que lo piensa —insiste Ana—. Tú la oíste: Dios lo sabe todo, pero Ana sabe todo lo demás.

—Eso fue una broma.

—No lo fue y tiene razón. Sí soy una sabelotodo.

—Está bien —concede Hanneli—, y aparte estás loca por los chicos; pero de todos modos te queremos.

Y ahora es Ana la que ríe. Detiene su llanto y arroja los brazos alrededor de Lies. La preciosa Lies. Pero entonces dice:

—Oh, no.

—¿Oh, no?

—Buenos días, señora Lipschitz —canturrea Ana de manera perfectamente educada cuando se acerca el espécimen clásico de señora mayor de Europa central con una estrella sobre el abrigo.

—Buenos días, niña —responde la finísima señora Lipschitz con desaprobación mientras se cruzan, con su bolso de compras en el brazo y el ceño fruncido.

—Ahora sí que me las voy a cargar —dice Ana temerosa cuando se encuentran a una distancia considerable.

—¿Quién es ésa?

—La señora Lipschitz. Yo la llamo la Vieja Señora Entrometida. Siempre está buscando algo que pueda criticarme. Si me ha visto fumando ese cigarro, irá directa a mi madre para decírselo

—se queja Ana. Pero sabe que ya no hay nada que hacer al respecto—. Me apetece un pepinillo —le dice.

Acaba de ver a un viejo que empuja un carrito al otro lado de la calle.

—¡Los pepinillos más sabrosos de toda la ciudad! —grita a todo el que pasa por la calle.

Las niñas ríen mientras mastican las crujientes mitades de pepinillo de sabor agridulce con un toque de nuez moscada. Ana se despide de Lies en la Zuider Amstellaan, cediendo al repentino impulso de abrazar a su amiga sólo porque sí. A Lies no parece importarle.

Pero mientras camina por la Deltastraat con la mochila al hombro, Ana siente que ese ligero atisbo de felicidad abandona su corazón a medida que una penetrante soledad, involuntaria y enigmática, se apodera de ella. Trata de alegrarse con otro bocado de su pepinillo. Pero en realidad sólo lo quería para disfrazar el olor del tabaco de su aliento, de modo que arroja el trozo restante por la alcantarilla. Es esta soledad la que tan a menudo la hace llorar sin razón alguna. Si sus padres la sorprenden, finge tener dolor de estómago, porque es fácil que se lo crean. Su madre siempre está diciendo lo enfermiza que es, lo débil que es su constitución, razón por la que coge todo lo que hay que coger. Pero la realidad es que éste es un dolor parecido a un gancho que amenaza con arrastrarla hasta un pozo oscuro. Quizá el mareo que se ha apoderado de ella y la falta de aire los haya causado el cigarro. Se detiene y se abraza a un poste de luz mientras jadea. Ésta es la Ana que mantiene oculta a los demás. La Ana que tiene crisis de pánico. La Ana indefensa a la orilla de un vacío solitario. No sería adecuado que esta Ana se presentara en el mundo. Se rodea la muñeca con la otra mano, coloca el pulgar sobre su pulso e intenta calmarse. Su madre le diría que es una niña nerviosa, como tantas otras, y le daría una valeriana. Pero Ana sabe que se trata de algo más que de nervios juveniles. Cuando arremete en su contra con fuerza, siente como si hubiera una niebla negra que la persiguiera. Es un temor que se ha apoderado de ella desde que era demasiado joven como para entenderlo. El temor de que, debajo de sus sonrisas y chistes y desplantes de

sabelotodo, ella no sea más que un fraude. Que pasará su vida entera sin nada más que ofrecer que sus juguetes imaginarios, o que no dejará huella alguna porque nadie jamás la amará o la conocerá de verdad, y que su corazón no es más que polvo que habrá de volver a convertirse en polvo.

Ha aprendido trucos para afrontar este pánico que la abruma: concentrarse en las nubes que flotan sobre su cabeza como enormes navíos, contar hacia atrás desde cien o simplemente llorar hasta quedar agotada. En este momento podría hacerlo con facilidad, pero no desea llorar en público. De modo que decide concentrarse en la marcha de una araña patona que está subiendo por el poste de luz, el señor Piernas Largas, hilando su sedoso y plateado filamento cada vez más y más alto. Ana respira hondo y exhala lentamente. Traga el nudo que se le ha hecho en la garganta, y el terror extremo empieza a abandonarla. Su pulso regresa a su ritmo normal. Se limpia una capa de sudor frío de la frente y vuelve a echarse la mochila al hombro. Como las nubes que flotan sobre su cabeza, se mueve dueña de sí misma una vez más. El vacío ha quedado resguardado bajo llave.

La hilera de los modernos edificios de apartamentos de piedra arenisca irradia en simetría con la estrella central de una alta torre amarilla denominada el *Wolkenkrabber*, el Rascacielos. Una torre de doce pisos hecha de hormigón, acero y vidrio que acaricia el vientre de las nubes mientras permanece anclada al patio común cubierto con un césped muy bien cuidado. Los aromas de la tarde provienen de los hornos de la panadería *Blommenstein* con un rastro del aire del río. Ésta es la calle *Merwedeplein* o, como a Ana le gusta llamarla, «la Merry».

Su hogar está en el número 37. Cuatro habitaciones, una cocina, un baño completo y otro para visitas, además de otro cuarto arriba que le alquilan a un inquilino soltero. Es un apartamento amplio con una pequeña pero maravillosa *platje*: una estrecha terraza empedrada que es tan buena como la orilla de cualquier lago para tomar el sol en verano. Ana sube la escalera corriendo después de entrar por la puerta y se topa con su madre, vestida con

la bata y con una mirada de triste decepción en el rostro. La madre de Ana es una mujer de complexión sólida, con una frente amplia y la fácil sonrisa de la familia Holländer, aunque es raro que sonría estos días.

—Ana. —Su madre frunce el ceño—. Necesito hablar contigo un momento. Siéntate.

Las puertas francesas de la sala, de color verde mar, están abiertas. Después de tirar su mochila sobre el sofá de su madre sin decir palabra, se deja caer y exhala con molestia, la cabeza inclinada hacia el lado más arrogante de la obediencia. Por supuesto, la Vieja Señora Entrometida ha debido de correr a casa para contarle a Edith lo que ha hecho Ana. Observa a su madre mientras se sienta en el sillón individual frente a ella, con los tobillos cruzados, en espera del aluvión de desprecio y críticas.

Pero, en lugar de ello, su madre tan sólo dice:

—Estás creciendo.

Ana parpadea.

—Lo sé perfectamente —prosigue su madre—. Estás a sólo unos días de cumplir trece años y no puedo ni siquiera imaginarme cómo ha pasado tan rápido. Pero es evidente: te estás convirtiendo en una señorita. Crees que no te comprendo —continúa—, pero no es así. Te entiendo muy bien. Aunque no lo creas, yo también tuve trece años y pensaba que tu *oma* Rose, Dios la bendiga, no entendía nada en absoluto de lo que me sucedía. Yo a tu edad quería probar cosas nuevas. Quería ser como tus tíos y meterme en líos de vez en cuando. Romper alguna que otra regla. Pero como era una niña, bueno... —Su madre deja escapar un suspiro—. Era del todo inaceptable en esa época. Mi madre me vigilaba como un halcón para asegurarse de que me mantuviera dentro de los límites de lo que era correcto.

—¿De veras? —dice Ana.

Debe admitir que está sorprendida. A *oma* Rose, descanse en paz, le gustaba burlarse de Edith por su obsesión con los buenos modales.

La madre de Ana sacude la cabeza con una sonrisa irónica y aprieta los labios.

—Sí, ya sé. Crees que tu *oma* siempre estuvo de tu lado y que

siempre le fascinó burlarse de la manera en que su majestad Edith tenía que hacer las cosas, pero créeme que era mucho pero que mucho más estricta de lo que jamás he sido yo. No me permitía ni siquiera hablar en compañía de los adultos a menos que ellos me hablaran primero. ¿Puedes imaginarte eso, querida hija?

—No, no me lo puedo imaginar, mamá. Creo que no lo soportaría —debe admitir Ana.

—Exacto —coincide su madre, aún esbozando esa seca sonrisa—. Creo que no podrías. De modo que no me porto de esa manera contigo. Lo intento, Ana. Trato de ser lo más permisiva posible contigo y con tu hermana. Y no es que no me hayan criticado por ello, y bastante. Muchas de las otras señoras creen que soy demasiado moderna con mis hijas, que soy demasiado permisiva. Pero les respondo que el tiempo pasa y que el mundo cambia. Así que, cuando me dices que simplemente no te gustan las coles de Bruselas, dejo que te sirvas otra ración de zanahorias. Cuando un chico llama a nuestra puerta y pide acompañarte a caminar o a comer un helado, me callo y no me opongo. Cuando quieres tu privacidad, trato de dártela. Y cuando tienes algo que decir que te parece importante, trato de escucharte, sea lo que sea lo que elijas creer. Pero —dice la madre de Ana al fin— sigo siendo tu madre y sigo siendo responsable de tu bienestar. Eso, mi querida niña, jamás cambiará, sin importar lo mucho que crezcas.

Ana levanta la mirada. Está tratando de entender lo que pasa. Los ojos de su madre parecen dos lunas. Intenta imaginarse a su madre transformándose en una dulce abuelita algún día, igual que *oma*, pero el rostro de su madre parece haber adelgazado desde que llegaron los *moffen*, y su piel se ha arrugado alrededor de la barbilla. No hay dulzura alguna en su rostro. Su abundante cabellera de color castaño lustroso, de la que siempre estuvo tan orgullosa, está sujeta con mucho cuidado con una peineta de ámbar y vetada de plata. Todo este tiempo las manos de su madre han estado dobladas sobre su regazo, en su posición habitual, pero ahora empieza a moverlas. Primero se acaricia el pelo, como si quisiera acomodarse algún mechón rebelde,

una señal inequívoca de que o bien está a punto de decir algo que va a iniciar una pelea, o bien no va a decir nada porque sabe que iniciará una pelea.

—No quiero ser severa —le dice a Ana—. Como te acabo de contar, sé que estás creciendo. Pero, por ahora, debo insistir en lo siguiente: no puedes fumar, Ana. Después de todas las enfermedades que has padecido desde que eras muy pequeña, debes darte cuenta del daño que fumar les hará a tus pulmones.

—De modo que la señora Lipschitz me ha acusado —dice Ana pesarosa.

Al fin han llegado al meollo del asunto y le cuesta trabajo no levantar la vista al cielo. Por lo menos es el asunto del cigarro lo que la ha metido en líos y no, oh, sorpresa, el asunto de los chicos.

Pero la expresión en el rostro de su madre se congela un instante y parece estar confundida.

—¿La señora Lipschitz?

Ana fija su furiosa mirada en el tapiz aterciopelado del sofá.

—Te ha contado que le he dado una calada al cigarro de ese chico cuando regresaba de la escuela.

—Ana —de inmediato, la expresión de su madre se ve ensombrecida cuando frunce el ceño—, no tengo ni la más remota idea de lo que estás diciendo. Estoy hablando contigo porque he encontrado éstos en uno de los escondrijos de tu escritorio —dice, sacando uno de los miles de paquetes azules, rojos y blancos de cigarros Queen's Day que la Fuerza Aérea Británica dejó caer sobre Holanda. Al frente mostraban un mapa de las Indias Orientales Neerlandesas y, al reverso, la tricolor neerlandesa. LA VICTORIA SE APROXIMA, proclamaba el eslogan.

De repente, Ana empieza a reírse y da un manotazo sobre las huesudas rodillas que se asoman por debajo de su falda.

—¿Qué? —Su madre exige una explicación, su expresión se tensa—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Ay, mamá; ésos son de papá. Se los dio a Margot de recuerdo.

Las cejas de su madre se juntan cuando vuelve a fruncir el ceño, lo que hace que sus ojos se vean pequeños y demasiado juntos.